

Prólogo

Según el diccionario de la Real Academia de la lengua, el término *posverdad* significa: “distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales. Los demagogos son maestros de la pos-verdad”. Así se usa normalmente, pero parece que ha cobrado vida propia y se aplica también a otros campos y no sólo a la opinión pública y a la política. Y es normal que sea así, puesto que los políticos y los medios de comunicación tratan de influir en las creencias y opiniones de los electores y los lectores o espectadores. Como, además, la palabra *verdad* es la clave para entender este fenómeno, ya no es frecuente sino diario, y no sólo en la vida política sino también en la económica, la enseñanza, la social en general, de que la posverdad sea una “realidad” que cubre todo el cuerpo social, toda la vida de las personas, incluida también la familia y las relaciones de “amistad”.

Después de Heidegger –de su fracaso a la hora de restaurar la filosofía–, los filósofos, propiamente, han dejado de serlo. Unos piensan que su tarea es analizar el lenguaje, otros que el pensamiento debe estar al servicio de las ideologías, etc., y, por fin, no son pocos los que admiten abiertamente que no es una ciencia

en ningún sentido que se quiera dar a esta palabra. ¿Por qué se ha llegado a esta situación si la filosofía nació en occidente y ha marcado su historia desde la Grecia clásica hasta hace poco? Ya se ha respondido a esta pregunta: si para Aristóteles la metafísica es “la ciencia que se busca”, para los postmodernos esa búsqueda ha terminado en un fracaso.

Vivimos en un mundo gobernado por las ideologías, por microrrelatos, por el *pensiero debole*. Heidegger termina con estas palabras su escrito “El final de la filosofía y la tarea del pensar”: “¿Es entonces el título de la tarea del pensar, en lugar de Ser y tiempo, ‘*Lichtung* y presencia’? Pero, ¿de dónde y cómo hay *Lichtung*?, ¿qué habla en el ‘hay’? La tarea del pensar consistiría, entonces en el abandono del pensar anterior, para determinar lo que es la ‘cosa’ del pensar”¹. Quizás Heidegger quedó a la espera de que se abriera ese “claro”, pero lo seguro es que no se abrió y que, por tanto, esa puerta se cerró para siempre.

¿A qué se debe que, no sólo la filosofía, sino el pensamiento en general, tanto en las ciencias como en la vida diaria, no encuentre el camino de la verdad y tenga que conformarse con ideologías, hipótesis, *slogans*, lugares comunes –o sea, tópicos– y mentiras? ¿Desde cuándo vive así la cultura occidental? Si dejamos momentáneamente de lado la fe cristiana, que da seguridad a las principales verdades buscadas por el hombre, no sólo en lo práctico sino también en lo teórico, pueden señalarse varias razones, de las que aquí sólo trataré dos de ellas que son como la clave del arco, clave que se ha removido y ha llevado a que el edificio entero se derrumbe.

1. HEIDEGGER, M., *El final de la filosofía y la tarea del pensar*, final. Por *Lichtung* Heidegger entiende lo siguiente: “Llamamos a esa puerta que hace posible el que algo aparezca y se muestre, *die Leichtung* [el claro]. La palabra alemana *Lichtung* es, desde el punto de vista de la historia del lenguaje, una traducción de la francesa *clarière*”.

Desde la crisis provocada por el nominalismo, en el siglo XIV, el agnosticismo –y el escepticismo– se han impuesto en muchos planteamientos filosóficos. Si, además, como ocurrió en la Ilustración, el rechazo a la Revelación es militante y agresivo², entonces resulta que la razón se queda sola consigo misma y, o bien reconoce su limitación, o se empeña en llegar al saber absoluto –es el caso del idealismo– sin más fundamento que ella misma.

Pero la razón humana no es la razón infinita –el hombre es criatura–; por tanto, el agnóstico, si es consciente de lo que supone y conlleva su postura, no puede definirse más que del siguiente modo: “ser agnóstico es no echar de menos a Dios... Para el agnóstico finitud es una palabra que designa, entre otras cosas, una situación en sí misma satisfactoria, o que se satisface a sí misma”³. El agnosticismo lleva necesariamente a la admisión consciente de que la vida no tiene más sentido que el que cada uno quiera darle, pero sólo mientras vive; al final todo se acaba sin dejar rastro.

El ateísmo es más radical. Un ejemplo nos puede servir de muestra: “el impulso que lleva a pensar, a indagar, a volver a forjarnos más acabadamente, no es la admiración, sino el terror. Es, una vez más, el ‘horror’ a descubrir que uno es sólo una copia o una réplica... Tener éxito en este sentido –el de decirle al pasado:

2. “Primero se alza un gran clamor crítico: los recién llegados reprochan a sus antecesores no haberles transmitido más que una sociedad mal hecha, toda de ilusiones y sufrimiento; un pasado secular sólo ha llevado a la desgracia; y ¿por qué? De este modo entablan públicamente un proceso de tal audacia, que sólo algunos hijos extraviados habían establecido oscuramente sus primeras piezas; pronto aparece el acusado: Cristo. El siglo XVIII no se conforma con una Reforma; lo que quiso abatir fue la cruz; lo que quiso borrar fue la idea de una comunicación de Dios con el hombre, de una revelación; lo que quiso destruir es una concepción religiosa de la vida”. HAZARD, P., *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, 1998, 10.

3. TIERNO GALVÁN, E., *¿Qué es ser agnóstico?*, 5ª ed., Madrid, 1992, 15-16.

‘Así lo quise’— es tener éxito en lo que Bloom llama ‘darse a luz a sí mismo’⁴. Pero si uno es su propio padre, o sea, si no es más que un inclusero, difícilmente podrá proponer algo que valga la pena, salvo para sí mismo; y decir a los demás que hagan también de padres de sí mismos, es crear un mundo imposible en el que, como mucho, no cabe más que la utopía de tratar de ser filántropo, amando a todos en general y a nadie en particular, lo cual es un sinsentido, porque amar es querer el bien para la persona amada; pero la humanidad no es ninguna persona.

Ateísmo y agnosticismo colapsan inmediatamente, no en el sentido de que no se pueda vivir siendo ateo o agnóstico, sino en el de que, si se es consecuente, se vive sin sentido. Lo normal es acabar en el escepticismo, que tampoco resuelve nada sino que aumenta el sinsentido. “El escéptico pretende ver absolutamente y, a la vez, se da cuenta de que lo absoluto no aparece: la *skêpsis* es la frustración del conocimiento absoluto por el conocimiento intencional. Por eso, la vertiente negativa del escepticismo es la descalificación del conocimiento intencional. Pero tampoco la mirada vacía, escéptica, se corresponde con el absoluto”⁵.

El segundo motivo por el que el pensamiento occidental ha entrado en una crisis de la que, de momento, no quiere salir, es que el pensamiento —y el hombre entero— se ha encerrado en sí mismo tratando de fundamentar sus conocimientos en la propia razón, lo cual también es contradictorio. El conocimiento humano se funda en principios, no en sí mismo, y esos principios son reales. Santo Tomás lo expresaba así: *esse rei, non veritas eius, causat varietatem intellectus*⁶. El conocimiento es intencional y, por tanto, re-

4. RORTY, R., *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, 1991, 49.

5. POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento*, IV/2, Pamplona, 1996, 138-139.

6. SANTO TOMÁS DE AQUINO, S. Th. I, q. 16, a. 1, ad 3.

mite siempre a otra cosa; el autoconocimiento es siempre posterior ya que la autoconciencia es imposible: como suele decir un autor contemporáneo, “el yo pensado no piensa”, o sea, el yo pensado no soy yo.

Pero no hace falta ser un gran filósofo para darse cuenta de lo absurdo que es buscar el fundamento del conocimiento en uno mismo. En el famoso libro *La abolición del hombre*, C. S. Lewis hace ver que conocer y valorar no es, en principio, algo subjetivo, sino que se refiere siempre, en primer lugar, a la realidad. Si no fuera así, el conocimiento sería imposible y todo lo que podamos decir sobre cualquier cosa, carecería completamente de sentido. Si se admitiera que nuestras valoraciones –morales, estéticas, etc.– son todas subjetivas, ninguna sería válida: “salvo que uno acepte sin resquicio de duda que esto es al mundo de la acción lo que los axiomas son al mundo de la teoría, no se puede encontrar ningún género de principios prácticos. Y, además, no se puede llegar a ellos como conclusiones: son premisas. Se les puede considerar... sentimientos: pero, en tal caso, se deben dejar de comparar los valores ‘reales’ o ‘racionales’ con el valor sentimental. En tal supuesto, todo valor sería sentimental; y se debe admitir (so pena de desestimar cualquier valor) que todo sentimiento no es algo ‘simplemente’ subjetivo. Se les debe considerar, por otra parte, tan racionales –o, más bien, tan la racionalidad misma–, como las cosas más obvias y razonables, aquellas que ni exigen ni admiten verificación alguna. Pero entonces se debe admitir que la razón pueda ser práctica, que un deber no se puede despachar tranquilamente porque no pueda generar un es que lo acredite. Si nada es evidente en sí mismo, nada se puede demostrar. Del mismo modo, si nada es obligatorio por sí mismo, nada es en absoluto obligatorio”⁷.

7. LEWIS, C. S., *La abolición del hombre*, Madrid, 1990, 45.

El propósito de “emancipar” a la razón incluso de la realidad, sólo lleva a la locura, a una razón sin principios y sin conclusiones, en la que, como dicen los lógicos, de una contradicción se puede concluir cualquier cosa. “El mayor autoengaño de la razón reside en la creencia de que es autosuficiente y puede hacerse autónoma ante todo lo que no es ella misma. Entonces se muere por consunción, por carecer de realidad: la carencia de sentido de la realidad es la enfermedad típica de los intelectuales. Una razón autófaga sólo puede ser una razón abstracta, y una razón abstracta sólo crea el vacío, en el cual puede luego establecer sin trabas su tiranía”⁸.

Occidente ha llegado a la conclusión de que se puede vivir sin ética, entre otras cosas porque no existe ninguna que sea aceptada por todos. Esto es una vuelta a la barbarie, a la lucha de todos contra todos: “el fenómeno moral ha perdido su evidencia propia. En la sociedad moderna, sólo una parte muy pequeña de los hombres cree aún en la existencia de los mandamientos divinos, y son muchos menos los individuos convencidos de que estos mandamientos, en caso de que existan, se transmiten infaliblemente a través de la Iglesia, de la comunidad religiosa. La idea de que la voluntad de otro, la voluntad del Creador, nos exija una respuesta, y que en el acuerdo con nuestra voluntad con la Suya resulte justificada nuestra naturaleza, se ha hecho extraña para la mayoría de los hombres”⁹.

¿Por qué citar aquí a un cardenal de la Iglesia católica si estamos tratando de un tema filosófico? La razón es la siguiente: los diez mandamientos contienen no sólo la ley dada por Dios al pueblo de Israel y ratificada por Jesucristo, sino lo fundamental de la “ley natural”, que sería común a todos los hombres de cualquier

8. INCIARTE, F., *Liberalismo y republicanismismo. Ensayos de filosofía política*, Pamplona, 2001, 93.

9. RATZINGER, J., *Una mirada a Europa*, Madrid, 1993, 48-49.

creencia e incluso de los que no creen en nada. En concreto, el cuarto mandamiento manda “honrar padre y madre”, pero desde la Ilustración, la meta a la que debe aspirar el hombre es a la “emancipación”, que, en principio, es un término jurídico que tiene que ver con el hecho de no depender de la tutela de los padres. Pues bien, las ideologías actuales, en general y algunas en particular, pretenden que los hijos no se reconozcan como hijos; incluso con la fecundación *in vitro*, los vientres de alquiler, etc., pretenden que la generación de nuevos seres humanos sea “artificial”, evitando, de este modo, la paternidad y la maternidad.

Si pasamos al siguiente mandamiento –no matarás– tampoco se admite que pueda tener validez universal: el aborto se empieza a considerar por algunas ideologías como un “derecho inalienable” de la mujer, y la eutanasia una manifestación de que cada uno es dueño de la vida y de la muerte, no sólo de la suya sino también de sus familiares enfermos, impedidos, mayores, etc.

Del sexto mandamiento –no cometerás actos impuros– se ha encargado de descalificarlo el feminismo, entendido como “liberación sexual de la mujer”. De paso, en contra de toda evidencia, se distingue entre el aparato sexual y el aparato reproductor; el primero sería algo así como el “órgano del placer”, distinto por completo de la función reproductora.

¿Qué decir del séptimo mandamiento: no robarás? Cuando se niega la propiedad privada, los Estados –mejor, los políticos– consideran, siguiendo al marxismo, que aliena al hombre y a la sociedad, y que, por tanto, debe ser suprimida. Antes se hablaba del Estado providencia, que se encargaba de resolver todos los problemas; ahora hemos “avanzado” hacia el Estado totalitario universal, que es la propuesta del llamado “nuevo orden mundial”.

“No dirás falso testimonio ni mentirás” es el octavo mandamiento. Pero nunca se ha mentido más que en los juzgados, hasta el punto de que se requieren pruebas “externas”, porque el testi-

monio unánime de mil testigos carece de valor. En cuanto a no mentir, a muchos les suena como algo infantil, tanto más si no se admite que pueda conocerse la verdad, especialmente en temas morales.

De los mandamientos noveno y décimo no es necesario decir nada, puesto que se refieren a “pensamientos y deseos”, o sea, a la conciencia de cada uno. Pero la conciencia moral es, precisamente, lo que ha desaparecido en la cultura actual, así que el valor de estos mandamientos es nulo.

¿Cómo se ha podido llegar a una deformación e incluso anulación de la conciencia moral, hasta el punto de que ya se habla de suprimir, por ley, la objeción de conciencia? La respuesta es inmediata: si no se aceptan los tres primeros mandamientos –que se refieren a Dios–, todos los demás carecen de un fundamento, de una base en que sustentarse. El relativismo se extiende a todos los campos del conocimiento y termina con “la abolición del hombre”: “aquello que por motivos prácticos he llamado el Tao y que otros llaman ley natural o moral tradicional o principios básicos de la razón práctica, no es uno cualquiera de entre los posibles sistemas de valores. Es, por el contrario, la fuente única de los juicios de valor. Si no se acepta, queda anulada la posibilidad de cualquier valor. Cualquier valor que sea conservado, exige que ésta sea también conservada. El intento de subestimarla y de sustituirla con novedades resulta una contradicción en esencia”¹⁰.

En occidente se están cometiendo aberraciones como no podrían imaginar los pueblos y las culturas más primitivos, casi todos centrados en la sexualidad, es decir, en el propósito –ridículo– de “recrearse” o crear un ser nuevo mediante la manipulación del cuerpo, la inteligencia artificial, etc. Y como el fin es la emancipación total, se manipula a los niños en contra del deseo

10. LEWIS, C. S., *La abolición del hombre*, p.47-48.

de los padres, lo cual es otro medio para acabar con la filiación. Pero por más que se “inventen” nuevos valores, siguiendo en esto a Nietzsche, la realidad es que “la rebelión de las nuevas ideologías contra el Tao es la rebelión de las ramas contra el árbol: si los rebeldes pudieran vencer se encontrarían con que se han destruido a sí mismos. La mente humana no tiene más poder para inventar un nuevo valor que para imaginar un nuevo color primario o, incluso, que para crear un nuevo sol y un nuevo firmamento que lo contenga”¹¹.

Algunos ingenuos han pensado que la democracia es fuente de valores; ser demócrata lleva a ser tolerante, respetar a los demás, aceptar posturas opuestas a las propias, renunciar a la violencia, etc. No es así, sino al contrario. Es preciso, previamente, haber adquirido esas y otras cualidades y virtudes para poder vivir en una sociedad democrática. La democracia no crea valores, sino que los presupone.

La razón humana no puede ser autónoma, no puede conocer nada si le vuelve la espalda a la realidad. No es cuestión de “experiencia” la que puede guiarnos como criterio, sino el ser mismo de la razón. La persona humana está abierta a la realidad y si se encierra en sí misma apaga la luz y se mueve en la oscuridad más absoluta, creyendo, en su soberbia, que así es verdaderamente libre. “El hombre tiene necesidad de la trascendencia. La pura inmanencia le ‘queda’ demasiado estrecha. Ha sido creado para algo más. La negación de la trascendencia condujo inicialmente a una glorificación apasionada del vivir, a la afirmación de la vida a cualquier precio. Todo debía ser conquistado en esta existencia: no hay otra. El ansia de vivir, la avidez por toda especie de satisfacciones, fueron impulsadas hasta el extremo.

11. Ibidem, 48.

“Sin embargo, bien pronto se derivó a una profunda devaluación de la vida. Esta no es respetada ya como algo sagrado. Cuando molesta, se arroja al camino. Aborto, eutanasia, desesperación suicida: esta siniestra triada es la heredera natural de aquellas opciones fundamentales, de la negación de la responsabilidad frente a lo eterno y de la esperanza en lo eterno. El ansia de vivir se torna de improviso en aversión a la vida y en anulación de las satisfacciones. También aquí la consecuencia es la abolición del hombre”¹².

La conclusión inmediata es que, realmente, “la verdad os hará libres”¹³ y, en cambio, la libertad no nos hará verdaderos.

A pesar de este “entenebrecimiento” de la conciencia moral y del “deseo de saber”, siempre queda en pie un hecho innegable, que la humanidad ha tenido presente siempre, a saber: aunque el ladrón robe y no le remuerda la conciencia, él no admite que le roben; aunque el mentiroso mienta tranquilamente, no desea que a él le mientan, y así con todos los mandamientos de la ley natural. El “entenebrecimiento” de la conciencia moral tiene un límite porque la inteligencia no es una creación humana, sino un don recibido con el propio ser.

12. RATZINGER, J., *Una mirada a Europa*, Madrid, 1993, 62-63.

13. *Juan*, 8, 32.